

(02052)

La historia de Jacinto Picaflor

Don Faustino sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Por fin llegaba a casa tras un día bastante agotador. Estaba francamente cansado, con ganas de cenar una frugal tortilla francesa y sentarse un rato con el ordenador entre las piernas para leer las últimas noticias de prensa. Desde que saliera a las 8 de la mañana, el día había dado mucho de sí. Demasiada actividad para un hombre casi sesentón al que la salud todavía no le había pasado demasiadas facturas; solo unas molestias en la rodilla izquierda que venían dándole la lata desde hacía un año y que, cuando aparecían, casi le obligaban a arrastrar la pierna durante un buen rato.

El día había sido movidito. A las matinales clases en el instituto se le habían sumado tres horas eternas de reunión pedagógica. Entre medias había acudido a la Comisaría para renovar el carné de identidad. Allí estuvo de pie haciendo cola más tiempo del que su rodilla soportaba. Aquel acto burocrático le había cabreado enormemente pues no comprendía como a estas alturas de la película el servicio al ciudadano todavía seguía siendo tan mediocre y deficiente. Cuando consiguió que le dieran el nuevo carné apenas le quedaba media hora para tomarse un bocado. Las prisas le llevaron a entrar en el primer bar que se encontró. Pidió una cerveza sin alcohol y un bocadillo de jamón. Su estado anímico volvió a tener otro subidón de fastidio y enfado pues aquello tenía mucho pan y, por en medio, alguna loncha de jamón tan fina que se transparentaba. Aquel bocata puñetero se masticaba con dificultad pues parecía chicle. Nunca más se volvería a meter en el primer garito que le saliese al paso por mucha hambre y prisa que tuviese. Eso, la prisa, es lo que salvó al dueño de aquel bar de que don Faustino le pidiese la hoja de reclamaciones.

Tras la agotadora reunión vespertina, de la que estuvo a punto de largarse al grito de “¡Vaya pérdida miserable de tiempo!”, estuvo una hora haciendo natación en la piscina del complejo deportivo Mospintoles –dar brazadas con el agua al cuello le relajaba- para acabar luego en casa de Piquito: quería interesarse por la evolución de su lesión y darle ánimos, si hacían falta.

El joven jugador mospintoleño, tras su rotura del peroné y diversos desgarros musculares, llevaba ya varias semanas de rehabilitación. A su poderosa condición física y juventud se unían unos cuidados médicos, terapéuticos y psicológicos completísimos que causaron la sana envidia de don Faustino cuando los oyó en boca de Piquito. Pese a lo cual era previsible que no pudiera volver a jugar hasta dentro de tres meses.

—Si lo que te ha pasado me ocurre a mí, tendría una silla de ruedas como compañera inseparable hasta el fin de mis días.

—No sea *exagerao*, don Faustino. A su edad se conserva bien y está en forma.

—Los años no pasan en balde, Piquito. Llevo arrastrando unas molestias en la rodilla izquierda desde hace un año y los médicos ni se aclaran del todo ni se las toman suficientemente en serio. Ya quisiera yo tener una décima parte de la atención médica y sanitaria que tienes. Claro que yo no valgo nada en el mercado deportivo y mi utilidad social está prácticamente amortizada.

—Ya será menos, don Faustino —contestó Piquito, sin comprender muy bien lo que había dicho el profe en su última frase—. Por si acaso, ¿quiere *qu'intente* si le pueden ver los médicos que *m'están* tratando? Creo que son lo mejorcito del barrio...

—No lo dudo, amigo Piquito, pero el coste acabaría con todos mis ahorros de los últimos treinta años.

—Yendo *usté* de mi parte seguro que le ponen un precio más baratito... A mí la cosa me sale gratis porque quien paga todo esto es el presi, el señor López. ¡Seguro que si le comento su caso él habla con los doctores y le ponen un precio *tirao*!

—Me temo que vas a llamar a la puerta menos indicada, Piquito. No te preocupes. Ya saldré de esta aunque para ello deba morder en la yugular a algún médico de la Seguridad Social.

Don Faustino había encontrado con mucho ánimo a Piquito pese a la gravedad de su lesión. Además de su juventud y de sus ganas de comerse el mundo y de triunfar, se notaba también el trabajo físico y psicológico al que todos los días era sometido nuestro héroe local, según le había contado con mucho pormenor. Arrastrando levemente la pierna pachuca, el viejo profesor evocaba lo acontecido en las últimas horas mientras recorría el corto espacio que había entre la puerta de entrada al piso y su dormitorio. Estaba tan cansado que decidió renunciar a la tortilla francesa pues no le apetecía meterse en la cocina. Cogió varias piezas de fruta y se fue al salón. Se sentó en un sillón que un mal día había comprado creyendo que era cómodo pero que al final resultó de una incomodidad grandiosa y encendió el ordenador portátil.

Pronto se cansó de leer las noticias del día. Casi todas ellas eran desgracias presentes, o auguraban un futuro envenenado o trataban de contar al lector banalidades e insulseces que sólo podían interesar a los deficientes mentales. La pierna seguía molestándole. Quizás hoy le había exigido más esfuerzo del deseable aunque estaba claro que nunca había prestado demasiada atención a esas molestias. Los médicos de la Seguridad Social llevaban toreándole casi un año y estaba pensando si no merecería la pena acudir a una clínica privada de solvencia garantizada. A su edad, cualquier enfermedad o lesión mal curada podría acarrearle un porvenir nada grato. Ya no era un niño y, aunque se consideraba fuerte y duro como el pedernal, los años ya no perdonan.

Entró rutinariamente en su blog personal para ver si había recibido algún comentario. Aunque tenía una media de 100 lectores diarios, eran muy pocos los que le aportaban alguna frase para intercambiar impresiones. Nadie de su entorno familiar o profesional (ni siquiera Manolo) sabía que don Faustino tenía un blog. Su bitácora trataba sobre cualquier cosa, lo mismo escribía sobre política, educación, literatura o deportes. Le gustaba escribir pero en esta faceta de bloguero prefería mantener el anonimato para así poder ser más libre en sus reflexiones y juicios. En realidad sólo pretendía matar el gusanillo de la escritura al tiempo que razonaba sobre temas y asuntos que le rondaban por la cabeza, algunos de los cuales no siempre podía sacar a relucir en su entorno pues su visión de la vida era bastante *“incorrecta”* de acuerdo a los tiempos reinantes.

Una vez comprobado que no había recibido ningún nuevo comentario, abrió el procesador de textos. Allí tenía delante la temida página en blanco donde cada tres o cuatro días intentaba escribir alguna idea, sensación o parecer. Se acarició la rodilla izquierda, que parecía más calmada en los últimos minutos, y escribió: **“La triste y desventurada historia de Jacinto Picaflor”**. Le gustó aquel título tan largo, en unos tiempos en que lo que se llevaba era titular de manera muy escueta. En menos de quince minutos, casi de forma automática, dándole a las teclas del ordenata con una seguridad y precisión que sólo tenía cuando la inspiración le visitaba de higos a brevas, el viejo profesor dejó escrito un cuento para su bitácora, titulada **“Buenos días, noche”**.



“”Supe de Jacinto Picaflor hace unos diez años. El nombre es ficticio por razones del guión y porque no quiere ser identificado. Era un deportista nato. Desde pequeñajo siempre había estado dándole a alguna pelota, fuese de baloncesto, fútbol, tenis, balonvolea, balonmano... “Lo mío siempre ha sido una cuestión de pelotas. Me parece aburridísimo el atletismo, la natación, el ciclismo y tantos deportes en que uno actúa básicamente en solitario. Prefiero los deportes de equipo, de choque, de amigos”. El caso es que desde sus años mozos anduvo dale que te pego con el deporte, siempre en plan aficionado, pues nunca destacó en ninguno.

A lo largo de su larga trayectoria jamás padeció una lesión más o menos seria. Todas las que tuvo fueron de risa: un tobillo inflamado que se desinflamaba al cabo de varios días sin dejar huella ni tarjeta de visita; una heridas en las espinillas que en cuestión de horas cicatrizaban, una uña perdida, una ligera tendinitis, una brecha en una ceja... Picaflor sabía cuidarse el esqueleto. Hasta que un buen día notó que la rodilla izquierda no podía doblarla del todo, y que agacharse para abrochar los cordones de los zapatos era una ardua tarea. **“Bueno, será a consecuencia de algún golpe en el partido de tenis del otro día”** –se dijo el inocente de Jacinto.

Como ni con hielo, descanso ni remedios de la abuela aquello mejoraba, no tuvo más solución que –por primera vez en su vida- acudir al médico generalista de la Seguridad Social para decirle lo que le pasaba. El galeno le mandó una radiografía. Tras varias semanas de espera, Picaflor se fue muy ufano a ver al médico de cabecera con la fotografía en blanco y negro de su rodilla.

—¡Bah, un ligero desgaste del cartílago, propio de la edad y de la práctica deportiva! La cosa no se ve muy bien pero casi seguro que es eso. Le envió tres pomadas antiinflamatorias, dos relajantes musculares, medio kilo de jarabe calcificado, cuatro tipos de pastillas para controlar el dolor y un gel refrescante para cuando se vaya a la cama. Y en tres meses, como una gacela...

Simpático aquel tipo. Picaflor se tragó durante un trimestre toda la metralla que el matasanos le había recetado. Pero la rodilla seguía dando la lata y ahora, encima, el estómago estaba hecho polvo con tanto potingue y tanta mierda como se había tomado. Eso sí, iba a todos sitios la mar de relajadito. Hasta en su trabajo les llamó la atención su estado casi "cataléptico". Cuando regresó a la consulta había un nuevo médico, quien quiso recetarle lo mismo con el pretexto de que algunas personas son duras de pelar y necesitan tratamientos más largos. Ante las quejas de Picaflor, le hizo unas rebajas y quedó la cosa en solo medio arsenal medicamentoso. Al cabo de otro trimestre, nuestro amigo seguía como siempre –jodido- y regresó de nuevo. Había otro doctor (cosas de las rotaciones de interinos y subcontratados), que tras oír los lloros y súplicas de Picaflor, lo remitió al traumatólogo, el especialista en huesos y osamentas. Tres meses tardaron en darle cita. El tío, cuando le vio, le pidió una nueva radiografía.

—La voy a tener repe —le dijo Picaflor, haciéndose el gracioso.

—No voy a ver en ella casi nada, pero es la única prueba médica que mis superiores no consideran muy lesiva para el erario público.

El galeno confirmó el diagnóstico, aunque sin mojarse completamente, y recetó nuevos potingues. Picaflor picó el anzuelo. ¡Un especialista es... un especialista! Pero a los tres meses, fue a verle de nuevo. **"Usted no asimila la medicación"**, le dijo el experto en huesos y osamentas, así que ahora la cosa sólo tenía dos remedios: o aguantarse y dejar cualquier práctica deportiva que forzase la rodilla u operarse en plan sorteo de lotería de la Navidad por si había suertecilla. Jacinto le pidió que le mandase pruebas más determinantes: una resonancia, por el amor de dios... **"Se mandan con cuentagotas: son caras, sirven para según qué casos y no hay un duro para malgastarlo en casos como el suyo"**. ¿Y unas sesiones de fisioterapia? **"¿Qué dice, hombre? Eso cuesta carísimo al erario público y no están los tiempos para dispendios tan gratuitos. Esos tratamientos quedan para los grandes deportistas o para los**

particulares que se los pueden permitir vía privada. Más o menos como ocurre con las ortodoncias, los empastes y esas orfebrerías bucales..."

Don Picaflor, que era y es un tipo sensato, un ciudadano ejemplar y un tonto del culo, calló y se fue resignado de la consulta. Nunca había necesitado nada de la Seguridad Social, pese a que llevaba cotizando la tira de años, y ahora que precisaba de sus cuidados le salían con estrecheces. Aquella Inseguridad Social (de la que tanto se vanagloriaban los políticos y los que se creen todas las trolas de éstos) era incapaz de mandarle una vulgar resonancia magnética, con la que se podría ver y diagnosticar mejor la maldita rodilla, mientras Picaflor observaba cómo lesiones gravísimas que se producían todos los días en los campos de juego, de fútbol y de otros deportes, eran tratadas en cuestión de horas, recibiendo los jugadores tratamientos milagrosos que en poco tiempo les devolvían a la normalidad. Claro que, pensaba el bueno de Jacinto, esos jugadores son famosos, cumplen una función social importantísima (que la gente se entretenga y no piense en cosas más peligrosas) mientras que yo soy un simple pelagatos, un don nadie, un tonto del haba, un "desgraciao".

Desde que le pasó lo que le pasó, Picaflor se ha pasado a los deportes de mesa, incluido el parchís, ha engordado diez kilos (ahora está en su peso) y dice que de ahora en adelante va a hacer deporte el puñetero padre del traumatólogo de la Seguridad Social y el orate del Consejero de Sanidad correspondiente.

MORALEJAS: Los desgraciados no tienen derecho a una resonancia magnética. La Seguridad Social te ampare, imbécil. Puaf, todos los españolitos somos iguales ante la ley. Jugando al parchís con la pata quebrada y en casa. El que no se consuela es porque no quiere. Quien fuera Ronaldo, o Messi, o Piquito... Picaflor, eres un paria..."



Don Faustino repasó el texto y suspiró aliviado. **"Señor, señor, la de horas que me lleva a veces escribir unas cosas y mira tú por donde hoy me ha salido todo de un tirón..."**. En un periquete lo subió a la bitácora y, acto seguido, apagó el ordenador. Fue a levantarse pero la dichosa rodilla le crujió con un sonido que le alarmó. Por fin pudo enderezar el remo y tras dar varias vueltas al pasillo comprobó que volvía más o menos a un estado de normalidad.

—Voy a pedir cita nuevamente y les voy a exigir una resonancia magnética como que me llamo Jacinto Picaflor... —dijo para sí don Faustino, sosteniendo entre sus labios una sonrisa medio helada.